

PARTE II. sierra, de que los cristianos solo estaban separados por un pequeño río, el cual era probablemente Rio Verde, tan tristemente célebre en los romances castellanos¹³. La gente de Aguilar, que llevaba la vanguardia, con la vista de los enemigos se enardeció tanto, que una pequeña partida, tomando una bandera, se arrojó, sin orden para ello, á perseguirlos pasando el río. Pero eran tan grandes las ventajas de los moros, que hubieran pagado caro su atrevimiento aquellos españoles, si Aguilar, al paso que condenaba severamente su temeridad, no acudiera pronto á su socorro con el resto de sus fuerzas. Siguióle el conde de Ureña con la division del centro, dejando encargado el campo al de Cifuentes con las tropas de Sevilla¹⁴.

Los moros se retiran á lo interior de los montes.

Los moros cedían el terreno á medida que los españoles avanzaban, y retirándose de posición en posición iban internando por medio de las escabrosidades y precipicios hácia el centro de las montañas. Llegaron finalmente á un llano despejado, pero circuido por todas partes de una muralla natural de rocas, donde los moros tenían guardadas sus mas preciosas alhajas, y sus mujeres y niños, que á la vista de los invasores levantaron al cielo sus lamentos, y corrieron á refugiarse en las malezas de la sierra.

Los cristianos, escitados por la codicia de los despojos que tenían delante, no pensaron en perseguir á los moros, sino que se esparcieron por todas direcciones en busca de botín, con el abandono é insu-

13 "Rio Verde, Rio Verde,
Tinto va en sangre viva;"

Percy, en su bien conocida version de uno de aquellos agradables romances, adopta el frio epíteto de "apacible río," por lo duro que seria, segun él, traducir literalmente "rio verde." Ignoraba por lo que se ve que el español es un nombre propio. (V. Reliques of Ancient English Poetry (London, 1812), vol. 1, pág. 357.) La traduccion mas fiel de "Rio Verde" no hubiera tenido sin embargo mucho de antipoético: bien que nuestro ingenioso compatriota Bryant parece que da á entender con la omi-

sion de igual nombre que encontraba la misma dificultad en sus lindas estanzas sobre el bello río de la Nueva Inglaterra llamado de la misma manera.

14 Zúñiga, Anales de Sevilla, año 1501.—Abarca, Reyes de Aragon, t. II, p. 340.—Bleda, Corónica, libro 5, capítulo 26.—Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 165.

"Fué muy gentil capitán," dice Oviedo, hablando de este último caballero, "y valiente lanza; y muchas veces dió testimonio grande de su animoso esfuerzo." Quincuagenas, MS., bat. 1. quinc. 1, diál. 36.

bordinacion con que suelen conducirse las tropas bisoñas y sin experiencia. En vano D. Alonso de Aguilar les advertía que sus astutos enemigos no estaban aún vencidos; en vano procuraba volverlos á las filas y restablecer el orden: nadie le escuchaba, ni pensaba mas que en el momento presente, y en llenarse de todo el botín que podia arrastrar consigo.

Los moros en tanto, viendo que ya no los perseguían, conocieron el entretenimiento de los cristianos, á quienes probablemente habían atraído de propósito á aquel lazo: resolvieron pues volver sobre el sitio de la acción y sorprender á sus incautos enemigos; y avanzando sigilosamente en medio de las tinieblas de la noche, que ya lo cubrían todo, se presentaron, por los desfiladeros de las rocas que rodeaban el cercado, delante de los españoles sorprendidos. En aquel crítico momento la funesta explosión de un barril de pólvora, que se había incendiado por acaso, alumbró todo el lugar de la escena, é hizo ver por un instante la situación de las partes enemigas: á los españoles en el mayor desorden, sin armas muchos de ellos, y abrumados bajo el peso de su funesto botín, y á los enemigos deslizándose como espíritus infernales por todas las gargantas y entradas del cercado, en actitud de caer sobre las víctimas que tenían seguras. Este aterrador espectáculo, que pasó como un relámpago, y al que se siguieron los horribles alaridos y voces de guerra de los moros, llenó de espanto á los soldados, los cuales se dieron á huir sin hacer casi resistencia. La oscuridad de la noche era tan favorable para los moros, que conocían muy bien el terreno, como funesta para los cristianos; los cuales, confundiendo por aquellos laberintos de la sierra y perdiendo á cada paso el camino, caían bajo las espadas de sus enemigos, ó se precipitaban en las hondas simas y precipicios que se abrían por todas partes¹⁵.

En medio de esta espantosa confusión, el conde de Ureña consiguió situarse en un punto llano de la sierra, en donde hizo alto, y procuró rehacer á sus tropas amedrentadas. Su noble compañero D. Alonso de Aguilar se mantuvo en su posición de las primeras alturas, negán-

15 Abarca, Reyes de Aragon, t. II, lib. 19, cap. 10.—Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 165.—Mármol, Rebelion de moriscos, lib. 1, cap. 28.

PARTE II. dose á todas las instancias de los suyos para que emprendieran la retirada. "¿Cuándo," les dijo con digna altivez, "cuándo se ha visto al estandarte de Aguilar abandonar el campo?" Peleaba á su lado su hijo mayor, heredero de sus títulos y casa, D. Pedro de Córdoba, mancebo de grandes esperanzas, el cual habia sido herido gravemente de un tiro de honda en la cabeza, y tenia atravesada una pierna de un venablo. Pero en aquel estado, con una rodilla en tierra y la espada en la mano continuaba haciendo briosa defensa. Era aquel espectáculo demasiado aflictivo para su padre, el cual rogó al hijo que dejara le retirasen del campo de la accion. "No perezcan, decia, de un solo golpe las esperanzas de nuestra casa: retírate, hijo mio, y vive como buen caballero cristiano; vive y consuela á tu afligida madre." Mas todas sus persuasiones fueron vanas, y el valeroso mancebo rehusó apartarse del lado de su padre, hasta que por fin tuvieron que arrancarle á la fuerza los que le acompañaban, consiguiendo llevarle salvo al lugar que ocupaba el conde de Ureña¹⁶.

Su valor y su muerte.

Entretanto los pocos y esforzados caballeros, que seguian al lado del de Aguilar, habian caido uno tras otro; y el caudillo, viéndose casi solo, se fué retirando hácia una gran peña que habia allí en medio, y vuelta la espalda á ella y el rostro al enemigo, aunque debilitado por la pérdida de sangre, todavía continuaba defendiéndose como leon acosado¹⁷. En esta situacion vióse acometido tan de cerca por un moro alto y forzado, que tuvo que adelantarse y pelear con él en singular combate. Fué la lucha larga y terrible, hasta que D. Alonso, á quien en la refriega se le habia desatado el peto, recibió una grave herida en el pecho, y luego otra en la cabeza: entonces cerró con su contrario, y ambos vinieron al suelo. El moro quedó encima; pero el ánimo del español no habia desfallecido con sus fuer-

16 Mendoza, Guerra de Granada, p. 13.—Abarca, Reyes de Aragon, tomo II, folio 340.—Mármol, Rebelion de moriscos, libro 1, capítulo 28.—Oviedo, Quincuagenas, MS., bat. 1, quine. 1, diál. 36.

Aquel mozo, que vivió en adelante, fué hecho posteriormente marqués de Priego por los Reyes Católicos. Sala-

zar de Mendoza, Dignidades, libro 2, cap. 13.

17 Es imitacion del bello romance antiguo:

"Solo queda D. Alonso,
Su campaña es acabada,
Pelea como un leon,
Pero poco aprovechaba."

zas, y exclamó con orgullo, como para intimidar á su enemigo: "Yo soy D. Alonso de Aguilar;" y el otro contestó: "Yo soy el Feri de Ben Estepar," hombre bien conocido por el terror que inspiraba á los cristianos. El eco de aquel nombre detestado encendió toda la ira del moribundo héroe, y asiendo al enemigo con la mano de la agonía, recogió todas sus fuerzas para dirigirle un último golpe; mas era ya tarde: faltóle el brazo, é inmediatamente fué acabado por su mas vigoroso contrario¹⁸.

Así murió D. Alonso Fernandez de Córdoba, ó D. Alonso de Aguilar como mas comunmente le llaman, por la tierra donde se hallaban los estados de su casa¹⁹. "Fué persona de grande autoridad entre los grandes de su tiempo," dice el padre Abarca, "por su linaje, por sus prendas personales, por sus vastos estados, y por los altos cargos que desempeñó, así de paz como de guerra. Hízola á los infieles por espacio de cuarenta años: en su niñez, debajo del estandarte de su casa;

CAP. VII.

1501.
18 de Marzo.

Su notable carácter.

18 Bernaldez, Reyes Católicos, MS., ubi supra.—Abarca, Reyes de Aragon, t. II, ubi supra.—Garibay, compendio, t. II, lib. 19, cap. 10.—Mendoza, Guerra de Granada, página 13.—Sandoval, Hist. del Emperador Carlos V., t. 1, página 5.

Segun la narracion en prosa de Hyta, Aguilar habia dejado tendidos antes por su propio brazo mas de treinta moros. (Guerras de Granada, parte 1, página 568.) El romance, con mas discrecion, no determina el número.

"Don Alonso en este tiempo
Muy gran batalla hacia,
El caballo le habian muerto,
Por muralla le tenia.
Y arrimado á un gran peñon
Con valor se defendia:
Muchos moros tiene muertos,
Pero poco le valia,
Porque sobre él cargan muchos,
Y le dan grandes heridas,
Tantas que cayó allí muerto
Entre la gente enemiga."

La muerte del campeon se refiere con una brevedad sencilla, que en escrito mas estudiado podria parecer afectacion.

"Muerto queda D. Alonso,
Y eterna fama ganada."

19 Paolo Giovio encuentra la etimología de este nombre en el del águila, que era divisa de los guerreros progenitores de D. Alonso. San Fernando de Castilla, en consideracion á los servicios prestados por aquella ilustre familia en la conquista de Córdoba en 1236, le concedió que pudiera llevar por segundo apellido el nombre de esta ciudad. Aquella rama continuó sin embargo distinguiéndose por su nombre solariego de Aguilar, aunque el Gran Capitán, hermano de D. Alonso, era mas conocido, como hemos visto, por el de Córdoba. Vita Magni Gonsalvi, fol. 204.

PARTE II. mas adelante, como caudillo de la gente que iba bajo él mismo, ó como virey de Andalucía y gefe de los ejércitos reales. Fué el quinto señor de su cristiana y guerrera casa que pereció en el campo peleando por su patria y religion, contra la aborrecida secta de Mahoma; "y fundadamente se puede creer," continúa el mismo ortodoxo autor, "que su alma recibió en el cielo la gloriosa recompensa del soldado cristiano, porque aquella misma mañana habia recibido los santos sacramentos de la confesion y comunión²⁰."

Sangrienta
derrota de los
españoles.

Los victoriosos moros iban empujando á los españoles indefensos, como á fieras en ojeo, hácia las profundas simas y barrancos. El conde de Ureña, que habia visto á su hijo caer á su lado, y que recibió tambien en su persona una grave herida, hacia los mas desesperados esfuerzos para reunir á los fugitivos; pero al cabo fué arrastrado por el torrente, y tomando un leal adalid, que conocia bien el terreno, logró con mucho trabajo llegar al pié de la montaña con unos pocos de los suyos, que pudieron seguirle²¹. Felizmente encontró allí al conde de Cifuentes, que habia cruzado el rio con la retaguardia y acampado en una altura inmediata. A favor de aquella fuerte posicion, este último caudillo y sus valerosos sevillanos, que venian de refresco, pudieron proteger á los maltratados restos de los españoles, y rechazar los ataques de sus enemigos hasta el amanecer, en que éstos des-

²⁰ Reyes de Aragon, tomo II, folio 340, 341.

El cuerpo del héroe que quedó en el campo de batalla, fué tratado con consideracion y respeto por los moros, los cuales le enviaron al rey Fernando; y los reyes le mandaron enterrar con toda la pompa correspondiente en la iglesia de San Hipólito de Córdoba. Muchos años despues la marquesa de Priego, su descendiente, hizo que se abriera el sepulcro, y al examinar sus deshechos restos, se encontró introducido en los huesos un pedazo del hierro de la lanza con que habia sido herido en su terrible combate. Bleda, Corónica, libro 5, cap. 26.

²¹ "Tambien el conde de Ureña, Mal herido en demasía,
Se sale de la batalla
Llevado por una guía,
"Que sabia bien la senda
Que de la sierra salia:
Muchos moros deja muertos
Por su grande valentía.
"Tambien algunos se escapan
Que al buen conde le seguian."

Oviedo, hablando de esta retirada del buen conde y de los que le acompañaron, dice: "volvieron las riendas á sus caballos, y se retiraron á mas que galope por la multitud de los infieles." Quincuagenas, MS., bat. 1, quinc. 1, diál. 36.

aparecieron cual malélicas aves nocturnas, ocultándose en las cuevas de las montañas.

La luz del dia, que dispersó á sus enemigos, hizo ver á los cristianos la espantosa pérdida que habian sufrido. Pocos se contaban de todo aquel ejército arrogante, que tan confiadamente habia penetrado la tarde anterior en la montaña bajo las banderas de sus caudillos sin ventura. Quedaron en el campo como trofeos de aquella sangrienta mantanza, demas de la gente comun, los mejores y mas esforzados caballeros cristianos. Entre ellos estaba D. Francisco Ramirez de Madrid, el célebre ingeniero que tanto habia contribuido al feliz éxito de la guerra de Granada²².

La triste noticia de aquella derrota, que en un momento se estendió por todo el país, produjo una sensacion que no habia tenido igual desde la catástrofe de la Ajarquia. Casi no se podia creer que hubiera causado tan terrible desgracia una raza proscrita, que por mas terror que en otro tiempo inspirara, hacia ya mucho que era mirada con indiferencia ó con desprecio. No hubo español que no se considerase como envuelto personalmente de un modo ú otro en aquella desgracia, y para vengarla se empezaron á hacer los mas activos esfuerzos en todas partes. A principios de Abril se presentó en Ronda el rey Fernando á la cabeza de un gran cuerpo de tropas, que no obstante las representaciones de los cortesanos, determinó llevar en persona al corazon de la sierra, para tomar terrible venganza en los rebeldes. Éstos, lejos de hallarse enardecidos, se habian desalentado por la grandeza misma de su triunfo, y á medida que les llegaban á sus inaccesibles guaridas las noticias de las disposiciones de guerra que tomaban los españoles, conocian su temeridad de haber atraído contra sí el gran poder de la monarquía castellana. Así que, abandonaron todo pensamiento de ulterior resistencia, y no perdieron tiempo en enviar diputados al campo real para aplacar la cólera del rey, y pedir el perdon en los términos mas humildes.

Sentimiento
que produjo en
la nacion.

Los rebeldes
se someten á
Fernando.

²² Zúñiga, Anales de Sevilla, año de 1501.—Carvajal, Anales, MS., año 1501.—Bleda, Corónica, lib. 5, cap. 26.—Oviedo, Quincuagenas, MS., bat. 1, quinc. 1, diál. 36.

En el capítulo 13 de la parte primera de esta Historia, se hallarán noticias mas circunstanciadas de D. Francisco Ramirez.

PARTE II.

Destierro ó
conversion.

Fernando, aunque no estuviera movido del deseo de venganza, se hallaba siempre menos dispuesto que la reina á la piedad, y en este caso se habia entregado en un todo á la indignacion con que los soberanos, identificándose naturalmente con el Estado, acostumbran mirar la rebelion, considerándola por el prisma de aumento de sus ofensas personales. A pesar de todo, despues de algunas dudas su prudencia fué superior á sus pasiones, reflexionando que se hallaba en disposicion de dictar las condiciones de la victoria, sin haber tenido que pagar por ella el ordinario tributo. Parece tambien que su esperiencia anterior le convenció de que no habia esperanza de infundir sentimientos de lealtad en un musulman para con un príncipe cristiano; y así es, que si bien concedió un olvido general á todos los que habian tomado parte en la insurreccion, fué solo bajo la alternativa de bautizarse ó salir desterrados, ofreciendo suministrar naves para trasportar á los que eligiesen ausentarse del país, al precio de diez doblas de oro por cada individuo ²³.

Esta oferta fué puntualmente cumplida, siendo conducidos en galeras del rey los moros que se marchaban, desde Estepona á la costa de Berbería. Su número fué probablemente muy corto; porque la inmensa mayoría, por falta de medios, hubo de permanecer en el país á pesar suyo y bautizarse. "No se hubieran quedado," dice Bleda, "si hubiesen podido aprontar las diez doblas de oro: circunstancia," sigue diciendo este caritativo escritor, "que demuestra con qué liviana disposicion recibian el bautismo, y por qué consideraciones tan miserables incurrian en una sacrílega hipocresía ²⁴.

Pero, bien que de esta manera quedara del todo estinguido el fuego de la insurreccion, pasó mucho tiempo antes que la nacion española pudiera recobrase de aquel golpe, y olvidar la triste memoria de la desgracia sufrida en Sierra Bermeja. Esta catástrofe fué tema por mucho tiempo, no solo de la crónica, sino tambien del canto. El eco de los lamentos que arrancó se fué repitiendo en tristes romances,

²³ Bleda, Corónica, lib. 5, cap. 26, 27.—Robles, Vida de Ximenez, capítulo 16.—Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 165.—Mariana, Historia de España, lib. 27, cap. 5.—Mármol, Rebelion de moriscos, lib. 1, cap. 28.

²⁴ Corónica, libro 5, capítulo 27. El cura de los Palacios dispone de los moros de una manera mas espedita: "Los cristianos los despojaron, les dieron libre paso, y los enviaron á los diablos." Reyes Católicos, cap. 165.

Romances sobre aquel suceso.

CAP. VII.

y los nombres de Aguilar y de sus compañeros de infortunio recibieron el bálsamo y las flores de aquella linda poesía, casi no menos duradera y desde luego mucho mas tierna que las páginas mas magníficas y acabadas de la historia ²⁵. La opinion popular se manifestó en muy diverso sentido con respecto al conde de Ureña y sus soldados, á quienes se acusó de haber abandonado su puesto en el momento del peligro. Más de un romance de aquel tiempo increpa al conde y le pide cuenta de los valientes compañeros de armas que habia dejado en la sierra ²⁶.

²⁵ Segun cierto romance citado por Hyta, la expedicion de Aguilar fué un acto de quijotismo, debido á un apellido que hizo el rey Fernando para que el mas valiente de sus caballeros plantara su bandera en la cumbre de las Alpujarras.

"¿Cuál de vosotros, amigos,
Irá á la Sierra mañana,
A poner mi real pendon
Encima de la Alpuxarra?"

Todos rehusaban aceptar aquella peligrosa empresa, hasta que se presentó D. Alonso de Aguilar, y con gran resolucion la tomó á su cargo.

"A todos tiembla la barba,
Sino fuera Don Alonso,
Que de Aguilar se llamaba.
Levantóse en pié ante el rey,
De esta manera le habla:
"Aquesa empresa, señor,
Para mí estaba guardada,
Que mi señora la reina
Ya me la tiene mandada.
"Alegróse mucho el rey
Por la oferta que le daba,
Aun no era amanecido;
Don Alonso ya cavalga."

No se puede negar que tales cantos populares son débiles comprobantes para un hecho de importancia, á no hallarse confirmados por testimonios his-

tóricos mas positivos. Sin embargo, cuando están compuestos por personas contemporáneas, ó que vivieron próximas al tiempo á que se refieren, no tiene nada de extraño que puedan transmitir muchos pormenores verdaderos, que por no ser de gran momento no se hayan incluido en la historia. El romance, traducido con tan esmerada sencillez por Percy, trata principalmente, como recordará el lector, de las empresas de un campeon sevillano, llamado Saavedra, de cuyo personaje no se da ninguna noticia, que yo sepa, en las crónicas españolas. Sin embargo, aparece que fué comun en Sevilla el apellido de Saavedra, y que se encuentra dos ó tres veces en la lista de los nobles y caballeros de aquella ciudad, que acudieron al ejército del rey Fernando en el año precedente de 1500. Zúñiga, Anales de Sevilla, en dicho año.

²⁶ Mendoza da noticia de aquellas cáusticas composiciones (Guerra de Granada, p. 13), y Bleda (Corónica, p. 636), cita los dos versos siguientes de una de ellas:

"Decid, conde de Ureña,
¿Don Alfonso dónde queda?"